

13. Aplacando la ira de Dios

EL APROXIMARNOS A LA OBRA DEL SEÑOR JESUCRISTO COMO profeta, sacerdote y rey tiene la ventaja de cubrir su obra en un solo capítulo. La desventaja es que no describe de manera adecuada cómo las distintas funciones se relacionan una con otra ni señala cuál de las funciones es la más importante. De acuerdo con la Biblia, el propósito de Jesús fue morir (Mr. 10:45).

Esto nos conduce a una discusión más a fondo sobre el significado de su muerte. Cuando nos concentramos en su muerte, el problema de aceptarla como el aspecto central de su obra se hace más crucial para la gente contemporánea. Los conceptos bíblicos centrales para entender el significado de la muerte de Cristo son la "propiciación" y la "redención", pero cada uno de estos conceptos son muy difíciles de comprender, cuando no resultan ofensivos para muchos. El concepto de propiciación está relacionado con la idea de sacrificio, por medio del cual se evita la ira de Dios contra el pecado. La redención se refiere a redimir un esclavo de la esclavitud. Ninguno de estos conceptos parece compatible con la concepción moderna de lo que Dios hace o debería hacer. ¿Podemos creer que la salvación se alcanza al pagar Dios el precio de nuestra redención? ¿Esto no nos conduce a aquellas ideas medievales tan grotescas que presentaban a Cristo como siendo el precio del rescate que Dios le pagaba al diablo? Con respecto a la propiciación, ¿el marco de pensamiento en que se desarrolló este concepto no ha sido ya superado? ¿Podemos realmente creer que la ira interviene en el tema de la salvación? Y si podemos, ¿cómo puede ser que la muerte de un hombre, no importa lo significativa que haya sido, pueda evitar dicha ira?

Estas son las preguntas que debemos tener en mente mientras comenzamos a explorar el tema de la muerte de Cristo. Pero también queremos preguntarnos: ¿Cuál fue exactamente el logro de la muerte de Cristo? ¿Cómo fue que lo logró?

Al contestar estas preguntas hemos de analizar la idea de la propiciación en este capítulo, y la idea de la redención en el capítulo siguiente.

La propiciación: Dios calmando su propia ira

La propiciación es un concepto poco entendido en la interpretación bíblica de la muerte de Cristo. Tiene que ver con sacrificios, y se refiere a lo que Jesús por medio de su muerte logró con relación a Dios. La redención se refiere a lo que Jesús logró con relación *a nosotros*. Al redimirnos, Jesús *nos* liberó de la esclavitud del pecado. La propiciación, por el contrario, se refiere *a Dios*, para que podamos decir: Por medio de su muerte, Jesús propició la ira de su Padre contra el pecado e hizo entonces posible que Dios fuera propicio para con su pueblo.

Pero se hace necesaria una explicación. En primer lugar, debemos observar que la idea de la propiciación presupone la idea de la ira de Dios. Si la ira de Dios no se ha encendido contra el pecado, no hay necesidad de propiciarlo y el significado de la muerte de Dios deberá ser, por lo tanto, expresado en otras categorías. Es aquí donde muchos pensadores modernos se quedarían, y argumentarían que es precisamente por este motivo que este término no debiera ser utilizado, y si lo fuera, se le debería dar otro significado. "Podemos comprender", diría una de estas personas, "cómo la idea de la propiciación era apropiada en el paganismo donde Dios era visto como caprichoso, que se ofendía fácilmente y, por ende, muchas veces se enojaba. Pero este no es el cuadro que la Biblia nos presenta sobre Dios. De acuerdo a la revelación cristiana, Dios no está enojado. Por el contrario, está lleno de gracia y de amor. No se trata de que Dios se haya apartado de nosotros por el pecado, sino que hemos sido nosotros quienes nos hemos apartado de Dios. Por lo tanto, somos nosotros quienes hemos de ser propiciados y no Dios". Quienes argumentan de este modo han rechazado de plano la idea de la propiciación, considerando que su presencia en la Biblia es una marca dejada por la forma imperfecta de pensamiento pagano sobre Dios —o han interpretado la palabra griega básica para propiciación como queriendo significar, no la propiciación que Cristo hizo de la ira de Dios sino, el recubrimiento o la expiación de nuestra culpa por su sacrificio—. En otras palabras, han considerado su obra como dirigida hacia el hombre en lugar de hacia Dios. Un académico que ha

señalado el camino en esta dirección ha sido el fallecido C. H. Dodd de Cambridge, Inglaterra, cuya influencia ha conducido a que la palabra "propiciación" fuera traducida como "expiación" en los textos relevantes de la *Revised Standard Version* (una versión en inglés) de la Biblia (Ro. 3:25; He. 2:17; 1 Jn. 2:2; 4:10).¹

A esta altura de la discusión debemos considerar la obra de aquellos que han marcado las diferencias entre la idea pagana de la propiciación y la idea cristiana. Porque es bien cierto que Dios no es caprichoso ni se enoja fácilmente, y que por lo tanto debemos propiciarlo para mantenernos dentro de su favor. La posición cristiana es todo lo contrario, porque Dios es visto correctamente como un Dios de gracia y de amor.

Pero esto no es todo el asunto, no importa cuánto podamos simpatizar con las preocupaciones de dichos académicos. Primero, no podemos olvidarnos lo que la Biblia nos dice sobre la ira de Dios contra el pecado, según la cual el pecado habrá de ser castigado en la persona de Cristo o en la persona del pecado. Podemos sentir, debido a nuestros prejuicios culturales, que la ira de Dios y el amor de Dios son incompatibles. Pero la Biblia nos enseña que Dios es ira y amor al mismo tiempo. Además, su ira no es sólo un elemento pequeño e insignificante que de algún modo aparece allí junto con su amor, más significativo y avasallante. En realidad, la ira de Dios es el elemento mayor, que puede ser rastreado desde el juicio de Dios contra el pecado en el huerto de Edén hasta los juicios finales de cataclismo registrados en el libro de Apocalipsis. (Este énfasis ya ha sido analizado en detalle en el Capítulo siete).

Segundo, si bien el vocablo *propiciación* es utilizado en los escritos bíblicos, no es utilizado de la misma manera en los escritos paganos. En los rituales paganos, el sacrificio era el medio por el cual el pueblo apaciguaba a una deidad ofendida. En el cristianismo, nunca es el pueblo quien toma la iniciativa o hace el sacrificio, sino que es Dios mismo quien por su gran amor hacia los pecadores provee el camino por el cual su ira contra el pecado puede ser aplacada. Además, él mismo es el camino —Jesús—. Esta es la verdadera explicación de por qué Dios nunca es el objeto explícito de la propiciación en los escritos bíblicos. No es mencionado como el objeto porque él también es el sujeto, lo que es mucho más importante. En otras palabras, Dios mismo aplaca su propia ira contra el pecado para que su amor pueda aflorar y abrazar y salvar a los pecadores.

La idea de la propiciación está claramente observada en el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, porque a través de este sistema de sacrificios Dios enseñó el camino por medio del cual los hombres y las mujeres podían llegar a él. El pecado significa la muerte, como señalamos anteriormente. Pero los sacrificios nos enseñan que hay una salida de escape y de aproximarnos a Dios. Otro puede morir en lugar del pecador. Esto puede parecer asombroso y hasta (como algunos han sugerido) inmoral, pero es lo que el sistema de sacrificios nos enseña. De ese modo, el israelita era instruido a traer un animal para el sacrificio cada vez que se acercaba a Dios; la familia debía matar y consumir un animal cada año durante la celebración de la Pascua; la nación debía ser representada por el sumo sacerdote cada año en el día de la expiación, cuando la sangre de la ofrenda era rociada sobre el propiciatorio en el arca del pacto dentro del Lugar Santísimo en el templo judío. Al final de este proceso de instrucción, Jesús se presentó como el sacrificio que había de llevar "los pecados del mundo" (Jn. 1:29).

La progresión es la siguiente: un sacrificio para un individuo, un sacrificio para una familia, un sacrificio para una nación, un sacrificio para el mundo. El camino a la presencia de Dios ahora está abierto para todo aquel que quiera venir, un hecho simbolizado por el velo del templo (el velo que separaba el Lugar Santísimo del resto del templo) que se partió en dos cuando Cristo murió.

Cuatro pasajes del Nuevo Testamento

Hay sólo cuatro pasajes en el Nuevo Testamento que usan la palabra *propiciación*, si bien la idea de sacrificio (con la que está relacionada) es prominente. El pasaje crítico es el de Romanos 3:23-26: "por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por

medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús". ¿Cómo debemos entender la propiciación en la afirmación de Pablo sobre la naturaleza de la obra de expiación de Cristo? ¿Significa propiciación en el sentido de acallar la ira de Dios contra el pecado o significa el cubrir la culpa, que es el significado de la versión RSV que usa la palabra 'expiación' en lugar de propiciación?

Si no tuviéramos más que este pasaje para contestar, estas preguntas posiblemente quedarían sin contestación. Pero tenemos todo el contexto de la primera sección de la carta de Pablo. Es un texto muy razonado y que tiene una relevancia directa sobre la naturaleza de la obra de Cristo como se nos presenta en este pasaje. El principio de este contexto lo encontramos en el primer capítulo, en el versículo 18, donde Pablo introduce su argumento formal afirmando: "Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad". El pasaje continúa mostrando cómo se les ha dado a los hombres y las mujeres un conocimiento de Dios en la creación, pero voluntariamente no han considerado este conocimiento para poder rechazar a Dios y crearse una forma falsa y rebajada de dios en lugar del Dios verdadero. En esto consiste la "infidelidad" y la "maldad". Es por esto que la ira de Dios se dirige contra ellos. En el resto del capítulo Pablo nos muestra cómo esto tiene lugar. Dios ha decretado que si lo rechazan, deben cargar con los resultados de su propio pensamiento y manera de vivir depravadas. En consecuencia, son entregados a la mentira (porque sus mentes han sido oscurecidas) y a la inmundicia, cuyo resultado es la envidia, los homicidios, las contiendas, los engaños, las malignidades, las murmuraciones, las detracciones, los odios y todos los demás vicios.

En el segundo capítulo, Pablo pasa de una discusión sobre la forma en que la ira de Dios se desarrolla en la historia a una discusión sobre su alcance. Él sabe que las mujeres y los hombres están siempre prontos a culpar a los demás mientras que ellos siempre tienen pronta una excusa. Por lo que pregunta: "¿Hay alguien excusable?" La respuesta es "No". Entonces, luego de haber mostrado cómo la ira de Dios afecta al mundo pagano (en el capítulo 1), ahora muestra que el pueblo conocido como moral y religioso también se ve afectado. Lo individuos morales están afectados porque, no importa lo que ellos se imaginen sobre sus logros morales en particular, nunca estarán, sin embargo, a la altura de los estándares de Dios. Además, hasta se jactan de sus supuestos logros y ni se arrepienten. No pueden darse cuenta que la gracia y la paciencia de Dios hacia ellos lo que pretende es conducirlos al arrepentimiento (2:4). Las personas religiosas también son afectadas, porque son incapaces de ver que sus práctica religiosas tan valoradas son limpias sólo exteriormente, dejando intacta la corrupción grave que existe dentro (2:28-29).

La conclusión a la que llega Pablo en el capítulo 3 es que todos estamos bajo la ira de Dios, porque todos hemos pecado. Sin embargo, en este momento es cuando la justicia y la gracia de Dios se revelan, porque en la persona de su Hijo, el Señor Jesucristo, Dios el Padre ha provisto un camino por el cual los que creen en él pueden ser salvos. Aunque hemos pecado, somos de todos modo "justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre" (Ro. 3:24-25).

Esto significa que la ira de Dios que estaba dirigida hacia nosotros por causa de nuestro pecado ahora ha sido aplacada o evitada por la acción de Dios mediante la muerte de Cristo. "La `sangre' —es decir, la muerte del sacrificio— de Jesucristo abolió el enojo de Dios contra nosotros, y nos aseguró un trato para siempre propicio y favorable. De ahora en más, en lugar de mostrarse enfrentado a nosotros, se nos mostrará en nuestra vida y nuestra experiencia a favor nuestro. ¿Qué es lo que expresa entonces la frase `como propiciación.. en su sangre'? Expresa, en el contexto del argumento de Pablo, precisamente este pensamiento: que *por la muerte de sacrificio por nuestros pecados Cristo ha pacificado la ira de Dios*".²

El pasaje nos muestra que la ira de Dios, lejos de ser semejante a los enojos, caprichosos y engreídos, característicos de los dioses paganos, y que por lo tanto no necesitan ser tomados en serio en la actualidad, es en realidad la oposición tenaz e insoslayable del santo Dios hacia todo lo que se

oponga a su santidad. Está dirigida hacia nosotros porque nosotros no somos santos. Al mismo tiempo, el pasaje nos muestra cómo Dios, por su gran amor, que también constituye una parte fundamental de su naturaleza, ha actuado él mismo para propiciar su ira y salvar así a la humanidad. El segundo pasaje del Nuevo Testamento que utiliza la palabra *propiciación*, se encuentra en Hebreos 2:17. No tiene el mismo énfasis que el texto en Romanos, ya que en Romanos Pablo está hablando explícitamente de la obra de Cristo como propiciación de la ira de Dios, mientras que en Hebreos el autor está ocupándose más con el cómo de la propiciación, es decir, con el tipo de naturaleza que Cristo necesitaba tener para que la propiciación fuese posible. Lo que intenta mostrar es que Jesús se hizo uno con la humanidad para poder representarla como un fiel sumo sacerdote. "Por lo cual debía ser en toda semejanza a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar [propiciar] los pecados del pueblo".

Este texto no menciona explícitamente la ira de Dios. Pero no dice nada que contradiga la idea de una propiciación de la ira de Dios contra el pecado y, en realidad, podemos decir que la sugiere, si bien indirectamente. Por ejemplo, el texto nos habla de Cristo como siendo un sacerdote "misericordioso". La misericordia muestra el favor hacia uno que no se lo merece. Por lo tanto, si aquellos hacia los que Cristo es un misericordioso sacerdote no merecen misericordia, lo que claramente están mereciendo es la ira de Dios, la cual sin embargo ha sido evitada por el sacrificio de Cristo. El versículo habla de Cristo como siendo un sacerdote "al servicio de Dios" (literalmente, "en lo que respecta a aquellas cosas que le corresponden a Dios"). Es evidente que se trata de una obra dirigida a Dios y no hacia la humanidad. Por último, el pasaje también se está refiriendo al sistema de sacrificios de la antigüedad. La referencia del autor a un "fiel sumo sacerdote" más adelante es explicada en las categorías de los sacerdotes de Aarón y Melquisedec. Jesús es superior a estos sacerdotes porque él ofrece el sacrificio perfecto y, por lo tanto, el último y el más completo.

Los dos últimos usos de la palabra *propiciación* en el Nuevo Testamento están en la primera epístola de Juan. "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (2:1-2) y "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados" (4:10).

¿Cuál es el punto central de estos versículos? Nuevamente, ninguno habla directamente sobre la ira de Dios, pero en el primer versículo el dilema humano se transmite al menos indirectamente, del mismo modo que en el versículo de Hebreos. En este caso, la necesidad está sugerida por la referencia a Jesús como nuestro "abogado". ¿Por qué necesitamos de un abogado o de alguien que nos ayude si, en realidad, no estamos en ninguna situación de dificultad delante de Dios? La razón es, por supuesto, que sí estamos en grandes dificultades. Somos pecadores, algo que Juan ya ha estado señalando en los versículos anteriores (1:5-10), y por lo tanto hemos sido condenados y necesitamos un abogado. En este contexto, es comprensible que Juan elija una palabra que habla sobre la obra que un sacerdote realiza cuando revierte la ira de Dios, y presenta esta obra como el suelo firme que podemos pisar para acercarnos a Dios y estar seguros de su favor.

Otra indicación que esto es lo que Juan está pensando la encontramos cuando afirma que la muerte de Jesús fue por nuestros pecados "y no solamente los nuestros sino por los de todo el mundo". Es posible que Juan estuviera pensando sobre el hecho que en el judaísmo el sacrificio propiciatorio, ofrecido por el sumo sacerdote el día de la expiación, era únicamente para los judíos; ahora, a partir de la muerte de Jesús, el sacrificio sirve tanto para los judíos como para los gentiles.

La mención final (1 Jn. 4:10) no aclara mucho el significado de la propiciación, pero lo que sí hace es vincularla a la idea del amor de Dios, a partir de cual surge el acto de propiciación, proveyéndonos así de "una de esas paradojas tan resonantes, que tanto significan para nuestro entendimiento del concepto cristiano de sacrificio".³ La muerte de Cristo es una propiciación genuina de la ira de Dios. Pero, paradójicamente, es el amor de Dios que realiza la propiciación.

Llegamos, así, al corazón del evangelio. En el acto de la propiciación tenemos las buenas nuevas que

el que es nuestro Creador, de quien nos hemos apartad(por nuestro pecado, es también nuestro redentor. Packer resume esto en lo; siguientes términos:

En la Biblia, la descripción básica sobre la muerte salvadora de Cristo es la *propiciación*, o sea, eso que ha aplacado la ira de Dios contra nosotros apartando nuestros pecados de su vista. La ira de Dios es su justicia que reacciona contra nuestra injusticia; y que se manifiesta por una justicia retributiva. Pero Jesucristo nos ha protegido con un escudo de la pesadilla de su justicia retributiva convirtiéndose en nuestro sustituto representativo, era obediencia a la voluntad de su Padre, y recibiendo sobre sí mismo la paga del pecado. De este modo se ha hecho justicia, porque los pecados de todos los que habrán de ser perdonados han sido juzgados y el castigo ha recaído sobre la persona de Dios el Hijo, y es sobre esta base que el perdón ahora puede ser ofrecido a nosotros los ofensores. En el Calvario, el amor redentor y la justicia retributiva han unido sus manos, para expresarlo de alguna manera, porque allí Dios mostró que él es "justo, y quien justifica a los que tienen fe en Jesús".⁴

Luz sobre otras verdades

La doctrina sobre el sacrificio de Cristo, concebida como la propiciación verdadera de la ira de Dios, sirve también para iluminar otras doctrinas. Podemos cerrar este capítulo considerando algunas de ellas.

Primero, la naturaleza del sacrificio de Cristo sirve para iluminar los *atributos de Dios*. Se ha convertido en una costumbre en muchos círculos teológicos contemporáneos enfatizar el amor de Dios a expensas de sus otros atributos. No debemos minimizar el amor de Dios, pero debemos sostener que, sobre la base de la revelación bíblica, el amor no es el único atributo de Dios y ni siquiera el primero, si estamos considerando el asunto en una secuencia lógica. Si seguimos una secuencia lógica, los primeros atributos de Dios deben ser aquellos que lo presentan como el Creador y el sustentador de este mundo: su auto-existencia, su autosuficiencia, su eternidad, su soberanía, su santidad y su omnisciencia. Después de estos vienen los atributos develados por la Caída y la rebelión de la raza humana: la ira. Sólo después podemos hablar apropiadamente sobre su amor. Dios era amor aun antes de la Caída, o también podemos decir desde toda la eternidad, pero la plena medida de este amor se ve únicamente en Cristo quien se dio a sí mismo por nosotros "cuando aún éramos pecadores" (Ro. 5:8).

El acto de propiciación nos está recordando, por lo tanto, antes que nada que Dios verdaderamente manifiesta su ira contra el pecado además de manifestar su amor por el pecador. Además, esto sirve para resaltar nuestro aprecio por su amor. Dentro de este marco de referencia, el amor de Dios no es simplemente un sentimiento indulgente de buena voluntad (que es lo que el amor humano muchas veces es). Consiste más bien en un amor intenso, con demandas, y santo; un amor que está dispuesto a pagar el más alto precio para salvar al ser amado.

Segundo, la naturaleza del sacrificio de Cristo está además iluminando la naturaleza *del dilema humano*. Si la venida de Cristo es sólo una declaración abierta del favor de Dios hacia los hombres y las mujeres, una demostración por medio de la cual Dios busca atraer nuestra atención y ganar nuestro amor, entonces nuestra condición, alienados de Dios, no es tan grave. Dios nos ama, no importa lo que hayamos hecho, y podemos suponer que todo acabará bien al final, hagamos lo que hagamos con respecto a Cristo. No tenemos que enfrentarnos con la ira de Dios. Sin embargo, si la muerte de Cristo es una propiciación de la ira de Dios, entonces la situación del humano es bastante diferente. La ira es real, y podemos esperar sentir toda la fuerza de esa ira si no nos hacemos partícipes de la salvación de Cristo.

La cruz de Cristo significa, entre otras cosas, que nuestro estado es desesperado, tan desesperado que no tenemos ninguna esperanza. Estamos, como lo expresa Pablo, "muertos en... delitos y pecados", prisioneros del "príncipe de la potestad del aire" y "por naturaleza hijos de ira" (Ef. 2:1-3). Estas verdades nos han sido enseñadas para que los hombres y las mujeres, por un sentido del aterrador peligro espiritual que encierran, puedan volverse al Salvador.

Tercero, también ilumina la *persona y la obra de Jesucristo*. Sólo en la medida que es Dios y hombre al mismo tiempo, puede hacer la propiciación. Su obra resulta iluminada en que esta misión, da sentido a lo que encontramos registrado sobre él en los evangelios.

Para dar sólo un ejemplo, observamos que aun en las situaciones más peligrosas que atravesó —la hostilidad de las multitudes enfurecidas, la tentación de Satanás, los intentos que los líderes de Israel que le eran antagonistas hicieron para atraparlo— Jesús siempre mantuvo un control total y evidente sobre todas las circunstancias. Sin embargo, a medida que se acercaba la hora de su muerte, cada uno de los evangelistas nos dice que comenzó a estar más angustiado y entristecido (Mt. 26:37-38; Mr. 14:33-34; Lc. 22:44; Jn. 12:27), y tres de ellos (Mateo, Marcos y Lucas) nos dicen que oró en el huerto de Getsemaní para que la copa que había de beber pasara de él. ¿Qué era esa copa? ¿Era su muerte física? Si así fuera, entonces Jesús tenía menos coraje que Sócrates quien se enfrentó a su muerte con perfecto dominio de sí mismo disertando sobre la inmortalidad. La única explicación posible es que Jesús no era un cobarde cuya fe le fallaba sino que su muerte era muy distinta a la del filósofo ateniense o a la nuestra. Él no sólo habría de morir físicamente sino espiritualmente, y habría de quedar separado de Dios por causa del pecado cargando así la ira de Dios contra el pecado en nuestro lugar. La característica singular de su muerte fue que en el Calvario experimentó el horror de la ira de Dios mientras efectuaba la propiciación.

Cuarto, la verdadera *naturaleza del evangelio* también surge de este entendimiento de la muerte de Jesús. El evangelio no es sólo una nueva posibilidad, para alcanzar el gozo y la realización en esta vida, como algunos parecen sugerir. No es sólo una solución a unos problemas irritantes y frustrantes. Se requiere hacer algo mucho más profundo, algo relacionado con Dios, en base a lo cual, y exclusivamente en base a lo cual, son posibles las otras bendiciones de la salvación. Packer dice: "El evangelio soluciona estos problemas, pero sólo después de haber resuelto... el problema más profundo de los humanos, el problema de la relación del hombre con su Hacedor; y si no dejamos en claro que la solución a estos problemas depende de haber solucionado primero el problema más profundo, estamos mal interpretando el mensaje y nos estamos convirtiendo en testigos falsos de Dios".⁵

Por último, la naturaleza de la muerte de Cristo como propiciación también se manifiesta en la *ética cristiana*. Pablo dice: "Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co. 5:14-15). Y otra vez, para referirnos a un texto que ya nos introduce al tema del próximo capítulo, "...no sois vuestros.. porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo" (1 Co. 6:19-20; comparar con 7:23). Que ese Dios nos haya amado tanto que envió a su Hijo para cargar su justa ira contra el pecado en nuestro lugar es la base exclusiva y más importante para la ética cristiana. Nosotros le amamos por su gran amor hacia nosotros, y por eso deseamos servirle.

Notas

1. La posición de Dodd es que no existe en Dios algo similar a la ira provocada por el pecado humano. Por lo tanto, como no existe la ira, el significado de "propiciación" es incorrecto en el Nuevo Testamento, aunque la palabra así traducida (*hilasmos, hilastérion*) bien puede haber sido la idea de propiciación en la religión pagana. Dodd cree que la Biblia sólo trata de la remisión de pecados y que por lo tanto "expiación" es una mejor traducción.
2. Packer, *Knowing God*, p. 165.
3. Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross*, p. 179.
4. Packer, *Knowing God*, p. 170. El significado de la propiciación es analizado por Packer en detalle (pp. 161-80). También lo analiza Morris, *The Apostolic Preaching of the Cross*, pp. 125-85; Warfield, *The Person and Work of Christ*, pp. 351-426; T. C. Hammond, *In Understanding Be Men* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1968), pp. 116-27; Guillebaud; y Denney.
5. Packer, *Knowing God*, p. 171.